

Cuando tu voz me nombra

Jorge Álvarez Camacho



Índice

A 400 metros de distancia	11
Bendita memoria.....	13
Sutileza.....	14
¿Quién?.....	15
Mi musa.....	16
Lid de Brezos.....	17
¿Por qué lloras?.....	18
Tempestad.....	19
Querido querellante.....	20
Tus ojos.....	21
Y tenemos.....	22
Estás a poco más de un abrazo.....	23
¿Por qué callé?.....	24
Lejanía.....	25
Vida.....	26
Sentirme amado.....	27
Espejo.....	28
Mitad.....	29
Buenos días.....	30
La espera.....	31
Esa ocurrente semejante.....	32
Ojos verdes.....	33
Querer.....	34
Y cuando te miro.....	35
Diosa.....	36
Bienvenida.....	37

La evidencia	38
Soledad	39
Volver a nacer.....	40
Lamento.....	41
No me toques.....	42
Escucha.....	43
Pequeño.....	44
Dos corazones.....	45
El silencio de tus pretensiones.....	46
Homenaje.....	47
A pesar de todo.....	48
Te has ido.....	49
Eres.....	50
Mi mentira.....	51
Labios.....	52
El color de tus roces.....	53
Suspiros.....	54
Yoísmo.....	55
El mar.....	56
Afluente.....	57
Preguntas y respuestas.....	58
Tus labios.....	63
Después de pensar.....	64
Mi mano al cielo.....	65
Te puedes ir.....	66
Dama ficticia.....	67
La próxima vez.....	68
Amanecer, París y otras muertes.....	69
I.....	73
II.....	86
III.....	98
IV.....	111
V.....	123

Agradecimientos

*Gracias a mi familia, que aunque suene a tópico, es mi
único y verdadero apoyo. Es un orgullo llevar vuestra
sangre*

*Gracias a mis amigos, ya sabéis quienes sois.
Temo decir nombres, porque siempre faltará alguno.*

*Gracias a ti, lector, por llevarme contigo, por
permitirme formar parte de ese espacio y de ese tiempo.*

**A 400 metros
de distancia**

Bendita memoria

A Carlos Pinto Grote

Bendita memoria la del libro
Que no deja morir al que nunca debe estar muerto

¡Tú serás siempre eterno!

En el viento...

Será en el viento donde te encontremos
Será en tu palabra encendida... será
en tu añejo rincón lagunero

¡Bendita memoria, maestro, bendita!

Sutileza

La sutileza roza la agudeza
de tu astucia...
y tan sólo el tic tac de tu tonteo
consigue hacer eterno el tacto
de tu música

¿Quién?

¿Quién eres?

Me preguntas
mientras te acaricias el pelo
con ondulada suavidad contrastada

¿Qué quien soy?

Todo se reduce a una idea

¡No soy tú!

Mi musa

¡Ahí está!
Caminando con aparente ausencia tangible
Belleza distraída
Sus pasos parecen alas que elevan su plácida fisonomía
hasta la ausencia total de mi cordura

Sus caderas me clavan el puñal de la insidia
con chorreante pigmento impúdico
Sus piernas elevan mis ansias
desterrándome de las profundidades de mi alma sometida

Sólo es una mujer, me repito
pero igualmente agonizo por ella
Entre tantas hoy
ella es mi musa, mi mimosa, mi diosa, mi inconcusa
Atormentado intento alejarme
pero abocado al error, siempre regreso a mi ilusión ilusa
desconcertante

Lid de Brezos

La sombra de tu nombre me asombra
porque me nombra en medio de esta penumbra de
promesas
pues aún sueño con verlo junto al mío

Tu nombre significa
besos y abrazos que hacen vibrar a los exánimes
Tempestades, tormentas...

La esencia de tus labios
grandeza
es la felicidad ilícita de una realidad ilusoria
Es la ausencia de la inocencia cuando me besas
Malversación de rosas y roces
Derrota de tus grandes promesas

Eres sombra, mi bien querida oscuridad
porque nunca el sol, lid de Brezos
nos encontró abrazados

Haberte encontrado es...
... creer haberte creado

¿Por qué lloras?

¿Por qué lloras,
delicadeza?

¿Acaso no son tus labios
la quimera, lo efímero
la gran promesa?

I

Esa mañana, esa fastuosa mañana, regalo de dioses, donde cada hombre puede ser testigo de la inmensidad de la creación, quise sentir la suave brisa del clarear en mi rostro, y para ello me situé en mi ventana. Estaba ubicada en una zona estratégica, en un lugar perfecto. Podía ver desde allí, el amanecer. No es que diga que en las demás ventanas no se lograra ver rayar el alba, pero nunca de la misma manera que en la mía. Cada amanecer es distinto, es diferente por naturaleza. Es otro, conforme quien lo observe, desde donde se mire, y de cuanta sensibilidad se nos oferte al nacer.

Las calles permanecían en silencio, sin hablar. Algunas veces las oigo conversar entre si. La calle “Los Sabandeños” se llevaba muy bien con “El Cercado” y como tal, fueron eternos sus coloquios. En aquella ocasión, sonaba Bach en mi habitación. Cada nota musical era una gota de vida. Hacía nacer dentro de mí, los impulsos vitales, los necesarios para poder volar y recorrer mi destino. Bach es uno de mis maestros predilectos. Sus conciertos de Brandemburgo son mi deleite más íntimo, mi ensueño más apreciado ¿Quién no se ha estremecido con la “tocata y Fugue, in D minor” alguna vez? Su inmensidad transpiraba en todas direcciones. Ese cosquilleo que nace desde la esencia de lo mágico, del fulgor estremecedor de la existencia, de cada nota, sólo es comparable al deseo

correspondido del amor. Bach transmite mil sensaciones a cambio de su arte, y en aquella ocasión, su presencia se hacía más notable todavía.

El amanecer en mis ojos y de fondo, en aquel instante, “Air on the G-String” ¿Puede el hombre necesitar algo más para alcanzar esa especie de utopía que todos llamamos felicidad? Cerré los ojos y en cada inhalación creí lograr la placidez, la visión de lo extraordinario.

Era una mañana irrepetible y como no podía ser de otra manera, el mayor espectáculo del universo, hizo acto de presencia. Fue el amanecer más emocionante que jamás mis ojos habían divisado. No pude evitar llorar. Mis lágrimas eran testigo de la belleza, del perfecto equilibrio entre Dios y el hombre. Ese día volví a sonreír. Abrí los brazos con clara intención de abrazar al mundo y sentí su abrazo acalorado. Tardé varios minutos en recuperarme de aquella exaltación prodigiosa, exactamente lo que duró el tercer Concierto de Brandemburgo en sol mayor. Había sido elegido armónicamente por la eternidad. Me sentía vivo, en tal medida, que me era dificultoso respirar. Digo que fui elegido, porque mis sentidos no entenderían otra explicación posible. Opinaba, que cada nuevo amanecer era un regalo, una ofrenda que alguien nos hacía desde otro lugar, así de sencillo. Piensa en alguien, deséale el bien, y matemáticamente un amanecer le será asignado. Un despertar no puede ser

otra cosa que una bendición, ceremonia para los sentidos, un cortejo para enamorados.

En aquella mañana, después de presenciar la esencia de lo infinito, mis intuiciones vieron pasar, a tan solo unos metros de mi distancia, a la belleza del amanecer personificada. Mi respiración se paró de golpe, en un solo acto, sin previo aviso. Luego, en lo que dura el tacto de una sonrisa, volvió a darme luz en mis pulmones. Mis piernas perdían su verticalidad y parecían desplomarse en su desgana. Mi pecho, balbuceante, entonaba palabras sin sentido, de auxilio. Mis manos lloraban por la ausencia de lo acariable, del tacto que no concebían, del sueño que no palpaban, por la distancia que suele separar a un hombre de su destino.

Mientras intentaba respirar, me di cuenta de que se trataba de una hermosa joven, de una muchacha celestial. Era hija del crepúsculo, del albor, de mis más preciados deseos. Su paso era lento, pausado, como si quisiese retardar su ausencia inevitable, como si quisiera honrarme con sus gestos. Sus movimientos, milimétricamente admirables, parecían danzar al movimiento rítmico de mis palpitaciones. Sus manos seguían, al compás, el movimiento de sus caderas, y convertían su figura en algo sobrehumano, en algo inconmensurable, en algo... en algo indescriptible. Sus muslos parecían tener la virtud del abastecimiento alimenticio, pues sus carnes estaban bien proporcionadas y así las presentaba. Sus pechos,

sobresalían cual niño asomado al balcón familiar, capaz de cegar la razón de los hombres. Sus hombros dejaban caer, tímida y dulcemente, una de las tiras de su elástica, detallando la dulzura de lo propio, de la anécdota.

Parecía que hasta las farolas, dentro de su irremediable timidez, se invertían para observar y apreciarla, y de esa manera, guardarla en el recuerdo, en la despedida silenciosa y nostálgica que todos temíamos. Aún nuestros sentidos podían percibirla, y ya nos preocupaba su abandono. Era más atormentado el dolor de su huida, que el placer que nos ocasionaba su presencia. Ese pensamiento me provocó un fuerte dolor en el pecho.

Como para acercarla intenté alcanzarla con mi mano. Desde mi ventana estiré el brazo, con tanta fuerza, que por momentos creí poder lograrla, hasta sentí que mis dedos conseguían rozarla. Reconocido mi vano intento, me conformé con descifrar su tamaño con mis dedos. Con el índice y el pulgar intenté dar estructura a su forma, a su altura, a su tamaño. Luego intentaba atraparla, como quien coge una manzana en un frutero, como quien coge un sueño que se evapora, como quien teme perder un amor y lo recupera. La desesperanza apretaba mi cuerpo, como el desalentado la mano de quien le atiende.

Todo fue en vano. Nada parecía ser suficiente para frenar su marcha. Bajé a la calle. Era curioso e insólito experimentar la sensación de que algo tan

hermoso, creado para el deleite armonioso y mágico de los sentidos, pudiese crear al mismo tiempo tanto dolor, tanta desesperanza, tanto sobrecogimiento. Cuando estaba a tan solo tres pies de su olvido, mi voz, valiente y concluida, gritó. Tan solo fue una exclamación, el deseo de que algo hiciera detener el tiempo, sus pasos y mis latidos, y como arte de magia, así fue. Detuvo su marcha y su cuello giró. Sus ojos buscaban el punto de origen y me encontró. Aún recuerdo el impacto que me provocó sentir su mirada. Sus ojos eran grandes, poderosos y negros. Como el suave aleteo de una golondrina, sus párpados se agitaban. Mientras sus ojos combatían con los míos, mi cuerpo inanimado parecía perder el control, el equilibrio. La felicidad entraba en mi alma como el calor en las casas. Parecía tocar el cielo cuando un movimiento suyo reveló que se disponía continuar la evasión. En un relámpago puedes estar en el cielo y seguidamente resbalar y conocer el sabor áspero del suelo.

—¡No te vayas!

Le grité con la valentía propia de quien teme perder algo y cree poder cambiar el curso del destino. En una exhalación pueden estremecerse más almas que en toda una existencia. Ella volvió a clavar sus ojos en mí y con gesto de clara incompreensión dijo:

—¿Qué no me vaya? ¿Por qué motivo deseas, con tanto fervor, que no continúe mi camino? ¿Quién es usted?

Respondió suavemente, dejando enamorados a todos los oídos por la emisión de aquella melodía, porque era música ¡Que duda cabe! Cuando sus labios hablaron, una incontrolada serenidad me invadió el corazón. Su voz solo podía compararse con lo inmortal, con lo supremo. Me recordó al concierto para piano y chelo de Beethoven, concretamente el Chelo Sonata 4 Andante Allegro vivace. Como a las grandes obras, la gente iría a los auditorios, simplemente, para oírla conversar. Las entradas quedarían agotadas, y nuevas sesiones se sucederían, por el incremento desbordado de la demanda popular.

–¡No debes irte! Creí haber logrado la belleza con cada nuevo día, con cada amanecer, con cada puesta de sol, con cada nuevo principio... Pero al verte pasar, he comprendido que el mundo no acaba en una simple ventana, que el mundo es más que eso. He comprendido que aún me falta mucho por conocer. No te vayas, quédate a mi lado.

–¿Qué me quede a su lado? ¿Acaso le conozco de algo? –confesó sorprendida la joven

–Su belleza tampoco me conocía y sin permiso violó mis sentidos, y me provocó el mayor dolor que jamás un hombre haya sentido en la creación. Sin embargo, yo no le he reprochado nada. Dejamos de ser unos desconocidos cuando pasó por mi calle, por mi acera, cuando sin pensárselo entró en el cuadro que dibuja mi ventana, en el marco de mi universo, de mi fantasía. Su luz ha alumbrado mi tenebrosa soledad.

Sus vistas me elevan a lo más alto, a las cumbres de lo inolvidable, al sueño más hermoso, a la melodía jamás escuchada.

–Debo confesar, –respondió la joven– que me siento halagada por sus palabras, pero solo le he oído honrar a mi belleza pero ¿Qué hay de mis sentimientos? ¿Se ha preguntado usted como es mi carácter, mi forma de pensar? ¡No me conoce! ¿No le da miedo eso, no le provoca pavor? –La joven estaba atónita, y así lo reflejaban sus ojos. Era una mirada inquietante, reveladora.

–Cuando caminas tranquilamente por un jardín, por un prado ¿Temerías la presencia en tu camino de una flor, de una seductora rosa? ¿Acaso no te gustaría poseerla? ¿Sentir su tacto, su aroma? –le respondí, sin poder dejar de mirar sus labios. Parecían suaves, delicados ¿Cuántos besos habrían otorgado? ¿Y cuántos negado?

–¿Para usted la belleza es algo que se debe poseer? ¿Por qué no se conforma con admirarla? –inquirió la joven muchacha.

–¡Ya la admiro! No podría caber en mi costado mayor éxtasis por usted. Pero ¿Qué hay de malo en querer ostentar lo que nos causa vulnerabilidad? –cuestioné a la vez que me acercaba con suavidad, observando esta vez con mayor detención sus pechos. Tenían el tamaño adecuado para la desesperanza de mis instintos.

—¿Le gusta sentirse vulnerable? —preguntó la muchacha.

—¡No! ¡Claro que no! A nadie le gusta sentirse así. Todos queremos sentirnos seguros, pero es el riesgo lo que nos invita a vivir. Así, como el riesgo es, francamente, una situación de desequilibrio, la vulnerabilidad trastorna nuestro estado armónico y lo altera. No quiero sentirme vulnerable, te quiero a ti porque eres capaz de crear en mí nuevas sensaciones. —Mi pecho parecía querer salir, ser declarante directo de la extraordinaria belleza de la que éramos testigo. Hablaba con un ángel y mi ánimo lo sentía de la misma manera. No es fácil explicar lo que esa mujer me transmitía, lo que me hacía sentir.

—¿Y todo eso lo sabe por verme pasar por su calle? Me parece todo muy precipitado, poco real, como si fuera una representación, actuando como el actor que interpreta el papel más relevante de su vida —volvió a dudar la joven.

—¿Cuándo tienes sed, inequívoca sensación de sequedad, y bebes agua, no notas al terminar que tu ansia ha desaparecido? Pues con la misma rapidez, hoy al verte, he sabido que te quería dentro de mi vida, que quería formar parte de ti. —En aquel momento mi atención se desvió al cuello. Como un vampiro, deseé ver clavados mis colmillos en él. Pero no lo hice. Aun me pregunto porqué no fui capaz de hacerlo, de atreverme. Notaba sus venas dilatarse, incitándome, provocándome con descaro.

–Lo siento, pero yo no soy como usted. No puedo enarmonarme tan rápido. Entienda que sus palabras rozan lo increíble y lo fantástico, y me hace distinguirlo como un farsante.

–Usted llama farsante a quien le ha abierto su corazón, a quien ha superado sus limitaciones personales y despuntándose se ha atrevido a cruzar con usted una de sus palabras. Aun derrotado le he ofrecido mi verdad, mi franca verdad. Usted ha llamado farsante a quien ha llorado, fatalmente, por el dolor que su despedida ocasionaba, a quien ha muerto en vida por el puñal que clavó la desesperanza en el costado del mártir, a quien...

–¡No siga! –me interrumpió sin contemplaciones. –¿Juzga usted que no me encantaría creerle? ¿Acaso no es el sueño de toda mujer sentirse admirada, querida y mimada al mismo tiempo? Pero ¿Cómo pretende que le crea?

–Pues simplemente creyendo. El que cree... lucha y, por lo tanto, tiene más probabilidades de conseguir y lograr aquello que combate. –Deseaba que me creyera, que cediese para así poder por fin, poseerla, hacerla mía, saciarme de su presencia.

–Pero el que no cree está libre del engaño. –aclaró la hermosa mujer. –Si yo aceptase sus palabras y quisiera tomarlas como mías, hacerlas parte de mi, estaría abriendo mi pecho, exactamente el lugar donde van dirigidos los puñales de la traición.

–¿Considera que la engaño? ¿Juzga mis palabras como simples términos rotos envenenados de intenciones viles y vanidosas? –Buscaba enrollarla, desposeerla de análisis racionales.

–Siento mucho tener que ser yo el que le despierte del mundo mágico en que vive. El mundo no es perfecto. Todo el mundo miente ¿Intenta hacerme creer que es usted un ángel caído del cielo? Tengo 32 años y yo era soñadora ¿Sabe usted? ¿Y que he conseguido con eso? Tan sólo sufrir. No necesito ahora a un Don Juan que intente emborracharme con palabras embelesadas.

–Los hechos pero... ¿Qué son los hechos? –pregunté a la vez que me acercaba a ella. –¿Acaso los hechos no son el reflejo de una actitud, de una forma de pensar? ¿Considera las palabras menos sinceras, solo por ser vocablos débiles y difícilmente contrastables? ¿Acaso las palabras no son igualmente reflejo de una actitud, y también de una forma de entender el mundo?

–Las palabras engañan. –aclaró la joven a la vez que movía la cabeza revelando su desacuerdo

–¿Tal vez considera que los hechos no lo hacen? –afirmé a la vez que empecé, suavemente, a acariciar una de sus mejillas. –El que quiere desnaturalizar puede hacerlo en cualquier situación. En los hechos se puede falsear, se puede actuar, ser actor de la blasfemia y engañar a los sentidos. Nunca podrás saber si alguien te miente realmente, o si está diciendo la ver-

dad. No hay forma posible de que lo puedas saber. Son los años, el transcurso de los años, quien te ofrecerá la visión inequívoca de la veracidad.

–Bueno, quizás tengas razón, pero eso no quita para que te siga considerando como un desconocido. Llevamos un rato hablando, nada más, así que eres la última persona ahora mismo en quien confiaría –respondió la joven con un tono melancólico.

–¿La última persona? ¿Acaso podría pedir más? La última persona se encuentra más cerca de ti, de tu corazón, que cualquier otro adelantado en esa cola virtual que tú has creado, por la sencilla razón, de que ser el primero significa ser el más vulnerable. Si te fracasara esa persona, te sentirás dolida, desilusionada, porque es cuantiosa tu fe hacia ella. Pero de mí ¿Qué has de esperar? Al ponerme en el último de la lista, estoy libre de temores, de dudas y ya no me queda otra cosa más que sorprenderte. Me has otorgado la libertad que solo obtienen los favorecidos.

–¿Cómo consigues dar la vuelta a todo lo que te digo? De un comentario que nada tiene de favorecedor, sacas la mejor parte. ¿Por qué eres así? –preguntó la bella muchacha con inquietud reveladora.

–La inspiración que me ofrecen tus ojos es la causa de mi delirio actual, de mi locura, de mi admiración por ti. Mis palabras nacen de lo más hondo de mi alma, de lo verdadero, de mi gratitud por tu benevolencia. Eres tan hermosa, que tenerte, poseerte no bastaría. Mi amor por ti, es otra condición de amor.

No es un amor de besos, sino de gestos. La observación deleitosa de tus movimientos, de esos pequeños detalles que te engrandecen, de esos besos que no se tocan, impalpables, sino que se sienten.

–Debo reconocer de que me gusta oír lo que dices. Quizás pueda darte una oportunidad ¿Qué me dices? ¿Te gustaría quedar algún día para charlar y así conocernos mejor, poco a poco? Conocernos con lentitud me daría confianza ¡Eso sí! –propuso la deseable a la vez que se mordía tímidamente uno de sus dedos.

–¿Una cita? –pregunté boquiabierto con evidentes signos de alegría y asombro

–¡Así es! Es una cita en toda regla. –me dijo con una sonrisa colocada en sus labios.

Por unos instantes me quedé observándola, sumergido en el más profundo de los silencios. Al cabo de un rato, la joven hizo un gesto de incompreensión. En ese momento le asesté un fuerte golpe en la cabeza con mi codo derecho en un giro de 180 grados. La muchacha cayó al suelo bruscamente. No podría explicar exactamente por qué razón lo hice, pero lo cierto es que sucedió. La conversación me estaba seduciendo pero... simplemente me dejó de gustar. Me quedé observándola en el suelo, como quien observa un amanecer, un nuevo despertar. ¡Estaba tan hermosa! Su rostro sereno parecía brillar con luz propia. Incluso en el silencio, su beldad parecía gritar a los cuatro vientos. No hay belleza más estrepitosa que aquella que habita en el silencio.

Unas gotas de sangre recorrían su rostro, así que saqué un pañuelo y las sequé. ¡Estaba tan hermosa! La cogí en brazos y lancé su cuerpo junto a un montón de cajas y de bolsas de basura. Fue una secuencia soberana, casi colosal. Vi como su cuerpo se alejaba de mis brazos, volando levemente, como una inocente mariposa. Hasta su caída fue dócil, como quien cae en un dulce lecho de algodón. Ni si quiera me molesté en ocultarla. ¿Cómo podría hacerlo si era incapaz de dejar de trazarla en mi memoria?

Me puse de rodillas a su lado e inclinándome la envolví, le ofrecí un caluroso abrazo. Acto seguido, con pasos lentos y sin dejar de mirarla, abandoné aquel lugar. Era como alejarme, excluirme, pero sin moverme del espacio. Mis pasos me conducían a otro destino, pero mi alma seguía allí, con ella. Empecé a recordar nuestra conversación, así como sus gestos, sus dudas y temores, su forma de caminar, la magia de aquel encuentro. Todo había sido perfecto, inolvidable. Era consciente de que la iba a echar de menos, de que su ausencia me iba a causar la mayor y la más dulce de las nostalgias. Ahora dormía, y así era como debían estar las cosas. En la memoria todo tiende a idealizarse, y así era como quería inmortalizarla. Ahora ella viviría dentro de mí, en mis sueños, en mis pensamientos.